

AMOR, PALABRA Y VIDA EN MARAGALL

Cada uno de nosotros tiene un escenario fundamental, un horizonte vivencial que puede o no coincidir con el lugar de origen. Luego añadimos otros fondos o escenarios que acarreamos como el titiritero lleva sus telones tras de sí. Mi escenario fundamental es Barcelona, una ciudad maravillosa aprisionada entre el monte y el mar.

Si fuera posible que una ciudad se encarnase, la figura humana de Barcelona sería Maragall. De ahí la dificultad que encuentro al escribir sobre él y también por haberme adentrado demasiado en el poeta. Tan sólo voy a brindar una aproximación tratando que mi idea interior coincida con su imagen.

Juan Maragall es el más grande lírico español de nuestro siglo, dijo Dámaso Alonso. A lo que agregaría que es el poeta más desconocido de nuestro siglo. Las causas de este tremendo desconocimiento fueron quizás su vida recoleta y el haber escrito en catalán, lengua riquísima de expresión y oscura vida como tantas otras no oficiales de Europa.

Hay mucha gente culta en España que ignora a Maragall sobre todo antes del año pasado en que, con ocasión de cumplirse el centenario de su nacimiento, se publicaron sus escritos y las mejores plumas españolas contribuyeron a resaltarlo. Pero para la calidad de Maragall no deja de sorprender el silencio que ha reinado en torno a él.

En las Obras Completas de Ortega, que son una especie de fascinante enciclopedia en que los temas más diversos hallan cabida, el nombre de Maragall no figura.

Joan Maragall vivió desde 1860 a 1911 y debe incluirse en la generación del 98. La "Oda a España" de la que sólo transcribimos parte, es buena muestra de la honda preocupación española:

"Harto te hablaron de saguntinos
y de muertos por la patria:
tus altas glorias, tu alto pasado,
pasado y gloria, sólo de muertos;
triste has vivido.

¿Por qué verter sangre baldía?
Vida es la sangre, si está en las venas,
Vertida, muerte.
Pensabas siempre, siempre en tu honor,
y te olvidabas de vivir;
hacías, trágica, morir tus hijos,
sentías hambre, de honras mortales,
los funerales eran tus fiestas,
¡Oh, triste España!

¡España! ¡España! vuelve hacia ti,
llora como una madre!
Sálvate, sálvate de tanto mal,
que el llanto te haga nueva, alegre y viva;
piensa en la vida que te rodea,
Alza tu frente,
Sonríe ante la luz que hay en las nubes. (1)

Estamos algo acostumbrados a que los poetas y escritores tengan una "vida interesante", incluyendo en este adjetivo una mezcla de aventura, azar, amor, viajes, una pizca de vértigo chisporroteando ante un fondo demoníaco. Maragall ofrece una

(1) Traducción de Laín Entralgo.

vida poco tentadora para un autor de biografías noveladas. Hijo de fabricante, perteneciente a la alta burguesía catalana, fue abogado aunque nunca ejerció. Se casó con Clara Noble, una bella alma como diría Goethe, y tuvo trece hijos. Vivió serenamente en su casa de San Gervasio, en la parte alta de Barcelona, lugar de atmósfera diáfana y apacible. Se dedicó casi exclusivamente al periodismo. Era redactor de los artículos de fondo del "Diario de Barcelona", órgano conservador y literario. Lo que más llama la atención en los escritos de Maragall es la fidelidad con que defendió lo que creía justo o verdadero. Actuó durante veinte años muy importantes en la vida catalana. Son los que van desde 1890 a 1910. Es el lapso en que el mundo burgués se desploma saboreando las últimas delicias de la "belle époque"; surge el sentimiento catalanista respaldado por una gran conciencia de unidad entre los catalanes; aparece el anarquismo en política y en la arquitectura, con un Gaudí desequilibrado y maravilloso. Este auge, que no es ni más ni menos que una de las tantas nuevas olas que periódicamente renuevan un ambiente cultural adormecido, toma el nombre de la "Renaixença". Barcelona, vitalista y fahendosa, teñida toda del gris rosado que nace en las ramblas, se convierte en un centro cultural y artístico memorable. Siendo ibérica es a la vez mediterránea y muy europea. Precisamente Maragall, que es la imagen totémica de Barcelona, es uno de los agentes directos que influyen en este reverdecer de las letras catalanas.

Maragall tomó conciencia de que la literatura catalana no llegaría a poseer un valor histórico ni una vigencia universal sin pasar por poderosos contactos que abrieran nuevos horizontes al pensamiento a la par que bucearan temas profundos. En resumen dio a conocer autores y obras fundamentales poco o nada conocidas en Barcelona, para lograr, con esta revitalización, el salto desde una cultura ruralista local a otra con pretensión de universalidad. Llevado por esta exigencia es que se hace periodista. Nada más distante del

caza-noticias, del lente implacable ante la desgracia ajena. Los artículos de Maragall tienen vigencia aún hoy, pues aunque son comentarios de lo cotidiano alcanzan trascendencia por verter en ellos un alma conmovida en expresión poética. Escribe sobre los autores clásicos y los de su tiempo, brindando al espectador común y al escritor la oportunidad de conocer a los artistas más dispares. Por ejemplo, llama a Kipling "el reporter poeta", en un artículo denominado la "poetización de la fuerza". Dice de Sienkiewicz que es el "sol poniente y el sol levante de Polonia", comenta a Sully Prudhom, a Wagner, etc. A la muerte de Ruskin apunta: "Era un poeta, es decir, que tenía una visión total de la vida por la belleza". Introduce a Nietzsche, escandalizando a la dirección del diario. Ve en él todo un síntoma de la época, una reacción vital que, con su genial brutalidad, purifica el excesivo intelectualismo anterior. Dice: "Por que éste (Nietzsche) más que nada es un poeta, un iluminado, cuyas afirmaciones no son hijas de un sistema filosófico sino que más bien parecen profesías, diti-rambos, inspirados por poética intuición y expresados con arte maravilloso que embelesa y cautiva" (2). Y más adelante: "Nietzsche era un sediento de absoluto, un sediento de Dios; pero no quiso bajarse a beberlo en la fuente de la fe y murió de sed" (3).

Tradujo los "Himnos Homéricos" de Píndaro, La Ilíada y la Odisea, casi toda la obra de Novalis que influyó en la suya propia. También la "Fisonomías de Santos", de Hello, del que escribió algo que muy bien podemos atribuírselo a él mismo: "Pertenece menos a la fama que a la gloria porque vivió más para adentro que para afuera".

El aporte literario más potente y valioso fue el de des-
enmascarar a Goethe. A Goethe se lo conocía como monumen-
to público, como el olímpico de Weimar. Yacía inerte tras el

(2) MARAGALL, Joan, *Obras completas*. Barcelona, Edició desl Fills de J. Maragall. 1931, pág. 99 volumen X.

(3) MARAGALL, Joan, *op. cit.*, pág. 101 vol. X.

frío rótulo de genio. Maragall mostró un ~~hombre de carne palpitante~~, modernísimo, una biología dramática y por momentos hasta desesperada. No es raro que Maragall sólo haya escrito apenas unas líneas sobre Goethe. Seguramente él se sentía tan pleno y coincidente con él, que su labor fue más profunda y efectiva que el mejor de los análisis: se dedicó a traducirlo.

Cuando Alemania festejaba los 150 años del nacimiento de Goethe, Maragall no pudo menos que ilustrar a la opinión pública desde las columnas del diario. Pero ¡qué tarea difícil y qué artículo poco interesante! En realidad, hay sólo una frase fundamental en la que Maragall se da íntegro y es cuando dice: "Esto es mucho más fácil sentirlo que explicarlo" (4).

Aparentemente Goethe y Maragall han llevado vidas diversas, pero ahondando en el horizonte fundamental de cada uno, ambos poseen la riqueza de tener un alma en continuo movimiento, un espíritu hacedor de sí mismo, ansias de limitarse autocreándose en su propia encarnación personal. Hurgando en la obra de Maragall, sorprende el trasfondo fáustico del poema del "Comte Arnau". Este poema canta al hombre ávido de experiencia, exigente de mayor vida e inquieto por el más allá de la realidad. Tan sólo traducimos una estrofa harto significativa:

"Del amor y la lucha es mi hora
y me bastan mis brazos para amar y luchar.
Todo lo que tengo lo he querido,
Pero ¿qué se yo lo que querré mañana?" (5).

Sin embargo este goloso del instante se salva del infierno inmanente por milagro de la palabra en labios de mujer. Aquí el amor y el eterno femenino goetheano cierran la obra esperanzadamente.

(4) MARAGALL, Joan, *op. cit.*, pág. 60, vol. X.

(5) He traducido literalmente al castellano sin cuidar la forma literaria y tratando de reproducir lo más exactamente posible el contenido del original.

La afición por Goethe la tuvo desde muy joven. Ya en 1891, como regalo de bodas, los amigos le ofrecen la edición de poemas por él traducidos.

El 10 de octubre de 1898 se lleva a cabo en el escenario griego del Marqués D'Alfarras, la colosal representación de Ifigenia en Táuride traducida al catalán por Maragall y a la que poco después se le agregó música de (Glück. (La revista literaria "Luz" escrita por Marquina, Gay, Rossinyol, Maragall, etc., reprodujo fotográficamente escenas del drama y la copia del cartel anunciador pintado por Utrillo). Fue todo un acontecimiento y ello se debió sin duda no sólo a la admirable traducción sino a la adaptación de Maragall que hizo resaltar en todo momento la "transfiguración" de Ifigenia. (6).

La traducción de Fausto, que no pudo terminar, le llevó varios años. Lo hecho es tan excelente que logra empapar al lector de la verdadera intención del drama. Esto significa un gran mérito para el traductor teniendo en cuenta la diferencia de estructura de ambas lenguas.

El "Preliminar" de Maragall nos recuerda por su dulce ingenuidad, por esa luz casi palpable que emana del poema, al Hermann y Dorotea. Como para Goethe, también para Maragall, el amor participa de lo divino. El elogio "Del Amor" comienza así: "Amor es deseo de confusión por instinto de la eterna unidad de las cosas. Porque proviniendo las diversas cosas creadas de la unidad divina tiende a restablecerse en ella; y así se buscan unas a otras según las misteriosas afinidades de su naturaleza respectiva y una vez se encuentran, pugnan por identificarse. Y toda la vida universal consiste en esa búsqueda y ese esfuerzo y, por esto es toda movimiento y toda acción" (7).

Esta idea de participación del amor en lo divino nos recuerdan las palabras de Diótima, la versada en amor: "...la

(6) En un trabajo llamado *Aproximación a Goethe*, Revista de la Universidad, N° 40, me ocupé con algún detalle de la "transfiguración" que realizó Goethe de la Ifigenia clásica.

(7) MARAGALL, Joan, *op. cit.*, pág. 65, vol. III.

generación es para lo mortal inmortalidad y nacimiento perpetuado, puesto que, según lo convenido, el deseo de inmortalidad tiene que acompañar al deseo por el bien, ya que el Amor es apetencia por hacer cada uno del bien peculio eterno. Así que, según tal razonamiento, el Amor tiene que ser ansias de inmortalidad" (8). También para Maragall el amor no sólo mueve al mundo por ser un intermediario entre lo mortal y lo inmortal, pensamiento que desarrolla en el *Elogio a la Danza*, sino que también de él emanan ciertas virtudes. La idea de los tres versos con los que Agatón enriquece el *Banquete*, también subyacen en la lírica maragalliana. Dice Agatón sobre lo que el amor pone:

"Paz en los hombres, y en el mar bonanza;
ni un soplo de viento en los vientos,
y para las penas, sueño en lecho" (9).

También para Maragall el amor en vez de bálsamo es activo y participante con el todo único y armónico del universo. "El amor, pues, en el hombre se conoce —dice el poeta catalán— por este como salirse de sí mismo hacia la cosa amada, como para hacerse uno con ella; es como ir a vivir con ella, y ella en nosotros, comunicarse esencia, esto es vivir en la unidad común y como si ya no hubiese cosa y cosa" (10).

El cuerpo no es ni la oscura cárcel platónica ni el barro dominado de la ascética. El cuerpo humano es, para Maragall, el amor en cuanto une la vida con la supervivencia. Dice una vez: "El hombre es la tierra en su mayor sentido de la revelación de Dios a través de ella. Y esta es la gran dignidad y la gran tragedia humana: sentirse tierra y Dios al mismo

(8) PLATÓN, *Banquet.* México, Universidad Nacional Autónoma, 1944, pág. 57.

(9) PLATÓN, *op. cit.*, pág. 41.

(10) *Op. cit.*, pág. 66, vol. III. Esta concepción del amor como retorno a la unidad también tiene antecedentes en el discurso de Aristófanes: "...y en mutuo entrelazamiento, deseando nacerse otra vez en uno". PLATÓN, *op. cit.*, pág. 30.

tiempo: ser la cúspide anhelante" (11). Y en otro lugar: "Contemplo y me contemplo: siento a Dios que se mueve en mi alma" (12). Parecería que albergara a Dios en los pulmones como el protagonista de "La Casilla de las Macetas" de Graham Green.

Maragall no se identifica con la naturaleza: se ve reflejado en ella, que es muy distinto. Ve la belleza en todas partes. Su mundo no es pues la *fusis* presocrática compuesta por elementos fundamentales e incoherentes entre sí. No es tampoco el cosmos clásico, perfectamente ordenado pero en el cual el hombre griego era sólo una parte de ese todo. El Universo de Maragall es el de la ereación judeo-cristiana. El hombre está hecho de barro pero a imagen y semejanza divina. Maragall se enseñoorea en la naturaleza, la goza deleitándose con su colorido como Chesterton y hermanándose con ella como San Francisco.

La poesía de Maragall es copiosa de ideas y belleza. El "Cant. Espirituall" fue lo último que escribió y, quizás, lo de mayor trascendencia. En él proyecta todo el drama del hombre que anhela continuar su vida en el más allá pero que en su interior aún exclama como el joven Goethe desde la catedral de Estrasburgo: "Señor, el mundo es tan bello, ¡tan bello!".

Unamuno, gran amigo y admirador de Maragall, tradujo el Canto Espiritual, pero en mi modesta opinión puso demasiado cuidado en conseguir una forma castellana perfecta y así pierde algunos matices. He tratado de verter toda la intención del poeta al traducirlo al castellano.

CANTO ESPIRITUAL

"Si el mundo ya es tan hermoso, Señor, si se mira
con la paz vuestra dentro de nuestros ojos
¿qué más nos podréis dar en la otra vida?"

(11) MARAGALL, J., *op cit.*, pág. 87, vol. III.

(12) MARAGALL, J., *op cit.*, pág. 89, vol. III.

Por eso estoy tan orgulloso de los ojos, y el rostro
y el cuerpo que me has dado, Señor, y el corazón
que se mueve siempre... y ¡temo tanto la muerte!

¡Con qué otros sentidos me haréis ver
este cielo azul que se cierne tras las montañas
y el mar intenso y el sol que por doquier brilla?
Dadme en estos sentidos la eterna paz
y no querré más cielo que este cielo azul.

Aquel que tan sólo diga ¡Detente!
al instante de la muerte,
yo no lo entiendo, Señor, ¡yo que querría
fijar tantos momentos de cada día
para hacerlos eternos dentro de mi corazón!
¿O este “hacer eterno” es ya la muerte?
Mis afanes, la vida ¿qué serían?
¿Serán tan sólo la sombra del tiempo que pasa,
la ilusión de lo lejano y de lo cercano,
o acaso fuera engañador resumen
de lo poco, lo mucho o demasiado?
Qué más da! Este mundo, sea como sea,
tan diverso, tan extenso, tan temporal!
esta tierra con cuanto en ella vive
es mi tierra Señor, y ¿no podría
ser también una tierra celestial?

Hombre soy y humana es mi medida
para cuanto pueda creer y esperar.
Si mi fe y mi esperanza aquí se detienen
¿me culparéis por ello en el más allá?
Más allá veo el cielo y las estrellas
Y aún allí querría seguir siendo hombre.
Si habéis hecho las cosas tan bellas para mis ojos
Si habéis hecho mis ojos y mis sentidos para ellas
¿Por qué entrecerralos para buscar otro “porqué”?
No hay nada para mí como este mundo.
Ya sé que estás, Señor, pero ¿dónde? ¿dónde? ¡quién lo sabe!
Todo lo que veo es reflejo tuyo en mí.
Dejadme creer, entonces, que estáis aquí,
y cuando venga aquella hora de temor
en que se cerrarán estos ojos humanos

abridme Señor otros más grandes
para contemplar vuestra faz inmensa.
¡Sea la muerte un mayor nacimiento!... (13).

En esta poesía se hace evidente la concepción creacionista y espiritualista del autor. Maragall como todos aquellos que buscan una explicación metafísica de las cosas, fue atraído por la mística.

El sentimiento religioso de Maragall es un tema apasionante. Tiene grandes coincidencias con Goethe y, en cambio, difiere radicalmente de Unamuno. En una carta le describe una puesta de sol y le dice: "Esta vista sumerge mi corazón en una paz dulcemente emocionada y siento un vivo deseo de comunicar con Ud., de hacerme sentir de Ud., en esa Salamanca que imagino ahora mismo con un horizonte más simple, más austero, más desnudo y más intenso. Y a Ud., ante él, complaciéndose fuertemente en la desolación en ese aire puro de desierto, sin regalo ninguno para los sentidos y, por eso, hurgando despiadadamente en su propia alma para encontrar a Dios en ella y no en otra parte alguna" (14). El riquísimo material dejado en el famoso epistolario de estos españoles egregios sería un buen motivo de reflexión. Pero hoy no es el día.

Maragall es un gran poeta lírico. Trataremos de justificar seguidamente estos adjetivos que le atribuye Dámaso Alonso. Grande, significa que excede por su tamaño a lo común y regular. Así decimos, la casa grande, el hombre grande o el gran hombre, siendo costumbre, y no otra cosa, decir de esta última manera cuando queremos atribuir un significado preferentemente de índole moral. Y Maragall fue un gran hombre.

(13) El último verso, hondamente significativo, en la traducción de Unamuno dice: "Sea la muerte más vida". Yo he preferido respetar el sentido original de "Sian la mort una mayor maixença". Igualmente que en los versos anteriores me he esmerado en ser fiel al texto catalán en desmeoro de obtener una mayor belleza castellana.

(14) MARAGALL, Joan, *op. cit.*, pág. 11, vol. II. Nota I.

Esa especie de “toma de conciencia” (15), de su privilegio como hombre viviente es una continua ilusión adánica. Constantemente se enfrenta con un mundo virgen, sin huellas, donde es el primer habitante que bautiza las estrellas, las colinas y el mar con una voz muy antigua y, por tanto, siempre nueva. Hay algo prodigioso en Maragall y es su inocente disposición anímica para encontrar la belleza. La belleza está siempre allí, en su directa presencia sin siquiera hacer esfuerzos en buscarla. La belleza se le aparece fenoménica y gratuitamente a cada instante.

Hay una fábula de Tolstoy que pareciera haber sido escrita para él. Es la del perro hediondo, camino de Samaria. Todos apartaban la vista de la carne podrida cubierta por gusanos. Pero pasó un caminante y viendo los restos del infeliz perro exclamó: “Fijaos ¡qué blancos son sus dientes y brillan como perlas!”. Maragall es otro viandante de este mundo moderno que logra interesar con los temas del amor y la esperanza entre tanta náusea y vacío. En plena época de la literatura naturalista que se complacía en presentar la cara dolorosa de la vida, Maragall escribió los “Elogios”. Es un libro fundamental. No sólo por sus ideas estéticas sino porque —volvemos a repetirlo— vemos en él un espíritu que se deleita en elogiar la palabra, la poesía, el amor, la danza, el vivir, etc.

Poeta es aquel que hace poesía. Esto parece una verdad de Pero Grullo. Sin embargo, una amplia brecha de especulaciones nos ofrecería la distinción entre prosa y verso. Todos hemos descubierto poesía verdadera al leer los “Cuadernos de Malte” o “Las cartas a un joven poeta” de Rilke. En cambio, qué prosaico suena a nuestros oídos algunos versos de Espronceda, como:

“Para y óyeme, Sol, yo te saludo,
y extático ante ti me atrevo a hablarte!” (16)

(15) En inglés hay un verbo que lo expresa con mayor exactitud y es “to realize”.

(16) Citado por Maragall en la pág. 150, vol. X.

Esta sonora majestad suena hueca y falsa. Muchos pseudos poetas fabrican versos con habilidad como quien juega a bonitos pasatiempos. “La versificación es así como una caligrafía del lenguaje”, dice Maragall.⁽¹⁷⁾

En la verdadera poesía fondo y forma se funden en la expresión poética que es, antes que nada, palabra. La función meramente notificadora del habla se diferencia esencialmente de la palabra poética, en que nace cuando el vocablo, en vez de ser medio, se transforma en fin en sí mismo. (Esto, en rigor, no es más que el origen de todo arte).

El hombre es el único portador de la palabra. “La palabra —dice Maragall— es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza”⁽¹⁸⁾. El impulso de objetivar una vivencia es lo que lleva al lenguaje a una pretendida universalidad de doble faz: por un lado la nomenclatura científica, el concepto lógico, etc. y por otro, la efectiva universalidad de la palabra viva, es decir, de la poesía. Poesía es, para Baumgarten, el “discurso sensible perfecto”. Laín Entralgo dice más o menos lo mismo pero con un lenguaje más jugoso: “Es toda expresión verbal que trata de expresar bella y metafóricamente el misterio de la realidad”⁽¹⁹⁾.

El “Elogio de la Poesía” comienza así: “Poesía es el arte de la palabra; arte es la humana expresión de la belleza; belleza es la revelación de la esencia por la forma; forma es la huella del ritmo de la vida en la materia”⁽²⁰⁾. La forma debe ser, pues, la conformidad absoluta de la cosa con su esencia sin mezcla alguna que la enturbie o desequilibre.

⁽¹⁷⁾ MARAGALL, *op. cit.*, pág. 154, vol. X.

⁽¹⁸⁾ MARAGALL, *op. cit.*, pág. 73, vol. III.

⁽¹⁹⁾ LAÍN ENTRALGO, *La empresa de ser hombre*. Madrid, Taurus, 1958, pág. 127. Todo el capítulo “La acción de la palabra poética” está muy vinculado con el pensamiento de Maragall.

⁽²⁰⁾ MARAGALL, J., *op. cit.*, pág. 87, vol. III.

Para Maragall existen tres requisitos indispensables para que el arte sea verdadero. Estos son: la espontaneidad, la sinceridad y la pureza. Sin espontaneidad no se crean sino falsedades, jamás expresiones vivas. El meollo del arte, su esencia, radica en la inspiración. Una vez más Platón está presente aunque no hay ningún documento que indique en forma expresa que Maragall haya leído el *Ión*. Su concepto de la inspiración es análogo al platónico. Recordemos que, según Platón, el rapsoda no sabe a Homero por arte sino por entusiasmo, por endiosamiento. Y que el poeta no compone cuando está en sus cabales. Mediante la inspiración se vuelve "mentecato" y falto de inteligencia: es entonces el momento indicado para componer. Sólo así comprendemos —hace ver Sócrates a *Ión*— cómo poetas humanamente mediocres hayan compuesto poemas bellos.

En cuanto a la sinceridad, distingue tres grados de la misma. El primero consiste en decir lo que se siente, es la sinceridad usual de la vida corriente; el segundo, consiste en decirlo por una fuerte necesidad de expresión, pero sin que esa fuerza haya bastado para determinar por sí sola la expresión misma. Esto es lo que Maragall llama el aborto de la poesía. Por fin, hay un último grado, el plenamente poético, que es el "balbuceo divino", espontáneamente brotado a través del poeta que ha sabido aguardar la revelación de la palabra exacta. También Horacio, cuando da los preceptos sobre el orden del poema dice: "O yo me equivoco, o la virtud de la belleza del orden consistirá en que el poeta diga en su momento lo que debe decir, si acaso, omitiendo y dejando muchas cosas para otra ocasión" (21).

La palabra acude a la mente antes que la idea trayendo un ritmo determinado. El poema se produce con el ajuste entre el ritmo y la idea. "En poesía —dice Maragall— el concep-

(21) Citado por Baumgarten: "Reflexiones filosóficas acerca de la poesía". B. A., Aguilar, 1955, pág. 68.

to viene por el ritmo de las palabras; ésta es su señal inconfundible y su misterio; así se realiza en ella la revelación de la esencia por la forma" (22).

Para Baumgarten debe considerarse varios aspectos en los vocablos. Primero: su sonido articulado. Segundo: su significación. Cuanto más poéticos son ambos, más perfecto es el poema (23). Así, por ejemplo, el concepto de la eternidad de las penas del infierno, nos ha sido dado de muchas maneras fuera de la poesía, pero sólo Dante vio encima de la puerta aquellas palabras:

"Lasciate ogni speranza, voi che entrete"

El concepto de este verso, ya lo sabíamos; nada nuevo dijo Dante, y, sin embargo, nos hizo temblar nuevamente.

"El poeta no suele decir cosas nuevas, no es su oficio", escribió Maragall; y también "el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra".

Utilizando sus mismas máximas le adjudicamos el ser poeta a Maragall. No escribió "cosas nuevas" pero fue original, puesto que se originaron en él. Fue inocente en su actitud ante el mundo al que observó sin supuestos previos y fue sabio, como lo son todos los poetas, pues contribuyó a revelarnos el misterio de la realidad.

¿De qué manera el poeta llega así, sin prejuicios, y en esta forma directa a la realidad? Laín Entralgo lo explica así: Tratando de expresar virginal, temblorosa y alusivamente *todo* lo que en la realidad cantada *puede ser* para quien la contempla y canta; lo cual, en el caso más simple, acontece cuando el poeta expresa algo no cotidiano de lo que esa realidad puede ser, o un aspecto esencial e inédito de cualquiera de sus posibilidades cotidianas. Así considerada la obra poética, el poeta es un adelantado en la perdurable empresa humana de

(22) MARAGALL, *op. cit.*, pág. 107, vol. III.

(23) BAUMGARTEN, *op. cit.*, pág. 72.

penetrar expresivamente en la realidad y tal es la razón por la cual tantas veces ha sido llamado *vate*" (24).

La primera acepción de la palabra *vate* es la de adivino. El poeta es un iluminado que contribuye sin saberlo, a eternizar la realidad. José María Valverde habla de la desazón que siente el poeta como transmisor de un mensaje que no entiende. Su "Oración por nosotros los poetas" termina así:

"Tú, no nos das el mundo para que lo gocemos,
Tú, nos lo entregas para que lo hagamos palabra
Y después que la tierra tiene voz por nosotros,
Nos quedamos sin ella, con sólo el alma grande".

El tercer requisito para que el arte sea verdadero, es la pureza. La verdadera poesía, es, para Maragall, oro puro, lo demás son impurezas. Así los géneros poéticos en rigor, no deben existir. "Toda poesía —según Maragall— es épica porque sólo una forma exterior al poeta puede haberle legítimamente inspirado; toda es lírica porque aquella forma renacerá vibrando en su alma; toda es dramática porque todo aquello en que interviene el hombre hay una acción humana. Lo que se llama epopeya, oda, drama y tantos otros nombres de construcciones literarias, no son sino la ocasión o la máquina de la poesía, que es una sola en todo ello, la *palabra* entre mil palabras, la flor entre hojas, el ritmo entre ideas". (25)

La poesía "La vaca cega" es buena muestra de ello. Un hecho exterior, la vista de una vaca ciega, es tamizado, filtrado por el poeta que le otorga íntimamente un sentido dramático. "La vaca cega" es a la vez épica, lírica y dramática. Por esto mismo es que afirmamos que Maragall es lírico si por lírica entendemos el género poético dentro del cual el poeta canta sus propios afectos e ideas. Y precisamente Maragall llega a la esencia de la lírica al negar la clasificación tradicio-

(24) P. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, pág. 129.

(25) MARAGALL, *op. cit.*, pág. 99, vol. X.

nal; por ser él mismo un poeta ingenuo que ve en la poesía una realidad total y plena en sí misma. Lo que Maragall denomina "poesía viva" es para Schiller la "poesía ingenua": "El poeta o es naturaleza o la buscará; de lo uno resulta el poeta ingenuo, de lo otro, el sentimental".

El auténtico poeta es el ingenuo en el sentido de que puede llegar a la perfección por ser él mismo naturaleza. Esto responde al concepto kantiano de genio. En cambio el hombre cultivado pero sin talento, no puede llegar jamás a un ideal infinito que está más allá del alcance que le permite su propia índole.

La poesía popular es para Maragall oro puro, pues se ha depurado a través de una tradición oral en la que se han amalgamado los momentos de gracia de varias generaciones, unidos en una misma comprensión el sabio con el ignorante, el rey con el pastor. Esto confirma el ideal romántico de Maragall, tema que merecería tratarse detenidamente así como tantos otros dignos de ser mencionados. Me refiero al libro de los "Elogios". En el de la "Danza" subyace la idea platónica de la inmortalidad; en el de la "Gracia" nos recuerda a Bergson; en el del "Vivir" hay toda una idea orteguiana de la vida con ligeros tonos voluntaristas, que sin duda le han llegado por vía de Nietzsche; en el del "Teatro", nos recuerda nuevamente a Goethe y los consejos de Hamlet.

El último elogio es el "De una tarde de Agosto". El autor describe la representación de Edipo Rey en una pequeña ciudad pirenaica y la conmoción que provocó en el público la vista de estas escenas entre las augustas montañas. Lo describe, o mejor, lo *revive* con tal emoción que el lector no puede menos que participar en ella. Esto es precisamente lo fundamental en las ideas estéticas de Maragall: que el arte, es, ante todo, comunicación.

Y esa tarde de agosto sobrevive como la piedra magnética de Eurípides que no sólo atrae hacia sí los anillos de hierro sino que le comunica la virtud de atraer nuevos anillos.

Los espectadores en aquella tarde de agosto temblaron junto con Sófoles, y Maragall recoge para nosotros aquella emoción y nos la transmite de tal manera que nuestro corazón late más aceleradamente.

El "Elogio" termina así: "...y unos ojos se posarán al azar sobre estas líneas y el corazón de quien está aún por nacer volverá a latir al compás de aquellos que en aquella tarde latieron, y entonces habrán cesado de latir ya desde mucho tiempo.

"¿Qué importa el tiempo? Cuando el remoto Edipo gimió su trágico destino ¿dónde estaba todavía Sófoles? Y Sófoles ¿qué sabía de la tarde de agosto pirenaico ni de nuestra emoción ante su obra...?"

No hay lugar, no hay momento ni ser diverso; nada valen tiempos, ni distancias, ni la muerte; sólo el espíritu vive siempre y resplandece; y todo lo demás es sombra". (26)

Mi modesta labor ha terminado. Como una rapsoda o un juglar, tan sólo he tratado de transmitir algo de la mucha belleza que hay en la obra de Joan Maragall

SONIA BARALDI DE MARSAL

Moreno 2690, Rosario

(26) MARAGALL, *op. cit.*, pág. 196, vol. III.

